

cho, y aceptaré su favor en caso ofrecido. Es cierto que mi tío ha dado en no quererme, como se dice en el pueblo, y que ya no visitó su casa. No podemos hablar Ramona y yo por la ventana, porque no lo consiente mi tía; así es que estamos casi incomunicados. ¿Conque nos hace Ud. el favor?

—Sí, siempre que quieran. Y los dejaré solos para que hablen á sus anchas.

—¡ Que Dios se lo pague!

Con esto se alejó Gonzalo, en tanto que Chole permanecía un rato en el umbral del zaguán, esperando que pasase Esteban. Venía el buen chico vestido de gala y echando chispas de puro limpio, aunque cojaendo un poco y con una mano en cabestrillo. Pasó junto á la puerta y saludó á Chole con timidez quitándose el sombrero. La joven le contestó con graciosa sonrisa, y le siguió con la vista, diciendo para sí:

—¡ Qué feo está! ¡ y con ese golpe en la cara! ¡ Qué le habrá pasado al infeliz? Y lanzó un suspiro prolongado.



XIV

**N**O, dijo don Miguel cerrando los puños y golpeando con ellos los brazos del sillón en que estaba sentado; lo que soy yo no me dejo jugar el dedo en la boca. ¡ No faltaba más! He de recobrar mi terreno y he de hacer que sea fusilado el asesino de mi mozo, y castigado su instigador ó cómplice. Cuando la cosas no llegaban á mayores, pudo haber acomodamiento; lo que es hoy . . . después de la sangre derramada, de ninguna manera.

—Tiene Ud. razón, repuso don Santiago Méndez meciéndose en el sillón austriaco; comprendo lo que le pasa. Lo mismo haría yo en su lugar. Sólo que insisto en aconsejar-

le que no pierda la cabeza, y haga solamente lo más oportuno, lo que le dé mejores resultados.

—Y ya ve como, siguiendo sus indicaciones, he citado al señor licenciado para que conferenciemos los tres sobre el asunto.

El licenciado se inclinó dando las gracias.

El abogado don Crisanto Jaramillo era un hombre de edad indefinible, entre los treinta y cinco y los cuarenta años. Afeitado de toda la cara, anguloso, de nariz puntiaguda y boca hundida, parecía una celestina; pero carecía de arrugas, tenía color subido en los pómulos y, sobre todo, ojos brillantes y vivos como dos ascuas. Su fisonomía era la de un zorro astuto y burlón, capaz de jugarle una mala pasada al Santo Padre; y la reputación que disfrutaba (si es que disfrute puede haberse en lo malo) correspondía plenamente á la impresión que producía la vista de su persona. Aunque vivía en Citala, era abogado esencialmente trahumante, *de la legua*, como decía riendo, pues hacía constantes viajes por motivo de negocios, tanto á la capital, como á otros puntos del Estado. Muy lejos estaba de ser adocenado; tenía, por el contrario, una pene-

tración rara y una rapidez intelectual nada común; pero no sabía gran cosa de jurisprudencia. Jactábase de no tener libros, y, en efecto, su biblioteca se componía de algunos Códigos y del calendario del año. Su bufete y su librero estaban desmantelados y desnudos, y chasqueaba á los clientes, que esperaban verlos viniéndose abajo con el peso de los infolios. Jaramillo decía que para qué quería libros, que no servían para nada; que los pleitos eran juegos de azar en que ganaba el que tenía mejor suerte, y nó el que tenía la razón ni la ley de su parte; y que él, que nunca estudiaba ni leía, les había sacado el pie adelante varias veces á los abogados más encopetados de la capital; lo que demostraba que era inútil quemarse las pestañas leyendo cosas fastidiosas. En cambio, si no conocía de letras, era fortísimo en tretas. Conocía á maravilla las zancadillas del procedimiento, y las manejaba con habilidad suma. Para eso de acusar rebeldías, dar por nulo un recurso por falta de papel timbrado, articular posiciones capciosas y enredar á los testigos con repreguntas, no tenía precio, era una potencia. Y llegado el caso, presentaba testigos mercenarios, amaes-

trados por él mismo para que dijeran lo que convenía, cambiaba palabritas en los expedientes, y se atraía la buena voluntad de magistrados, jueces y actuarios, por medio de convites, obsequios y finezas. Sabiéndose por donde quiera que era capaz de todo había acabado por hacerse temible, porque como decían los cándidos del pueblo, era un *alacrán con alas, de muchísimas campanillas*.

Don Miguel Diaz, más y más exaltado á cada instante por el curso que iban tomando los acontecimientos, había procurado aquella reunión, con el objeto de resolver de una vez lo que debiera hacer para sobreponerse á don Pedro en todo y por todo. El presidente del municipio se había prestado de buena voluntad á que la reunión se verificase en su casa: por eso la encontramos instalada en aquella sala, cerca del medio día, á raíz de los sucesos descritos, y con toda la solemnidad consiguiente á la importancia de los miembros que la formaban.

—El señor licenciado no ha dicho nada todavía, observó don Santiago.

—¿Qué opina Ud., señor licenciado? preguntó Diaz volviéndose á él con el respeto de un niño al maestro de escuela.

—He estado oyendo á ustedes para formarme idea del caso. Tenemos que Pánfilo está herido, que Roque, su agresor, está preso y que éste ha sido aprehendido en el Palmar. Bien... son antecedentes de importancia. ¿Qué es lo que convendría hacer? Bueno fuera poner en relación estas tres cosas, y demostrar que Ruiz es coautor del asesinato frustrado. Para esto pueden servirnos los dos mozos, herido y heridor.

—¿De qué modo? interrogó Méndez aplicando la atención.

—Sonsacándoles confesiones sobre ese hecho capital. Si llegan á decir: el uno, que estuvo á punto de ser asesinado, y el otro que fué pagado por don Pedro para tal objeto, quedará expedito el camino para que los jueces hagan justicia.

—Y no cabe duda que esa ha de ser la verdad, exclamó don Miguel en un raptó de admiración y de convicción; á mí nadie me quita de la cabeza que todo pasó de ese modo.

—¿Les agrada á ustedes la idea?

—Me parece excelente, dijo Diaz.

Don Santiago movió la cabeza en señal de aprobación.

—En tal caso, prosiguió Jaramillo, pon-

gámosla por obra, sin pérdida de tiempo. Vamos á hablar con esos rancheros, á ver qué dicen.

—Les advierto, dijo don Miguel, que Pánfilo no quiere confesar nada; á mi me dijo á duras penas, que Roque había sido su heridor.

—Veremos, veremos, repuso Jaramillo con suficiencia.

—Sí, observó don Santiago, no es lo mismo que Ud. le interrogue, que el que le haga preguntas el señor licenciado.

—¡Ya se ve! repuso humildemente don Miguel.

Trasladáronse luego los tres personajes á la casa donde se hallaba el enfermo. Encontráronle en pie, paseando á lo largo del cuarto, con la cabeza y las manos vendadas.

—¿Cómo te va hombre? díjole Díaz imperiosamente al entrar.

—Buenos días, señor amo, repuso Pánfilo con humildad. Pasen á tomar asiento.

—¿Cómo va la salud?

—¡ Güeno ya, señor amo. Dentro de dos ó tres días creo que podré volver á mi trabajo.

—No, hombre, no tan pronto.

—Pos lo que soy yo, me siento como si tal cosa.

—Aquí tienes al señor presidente del ayuntamiento y al señor licenciado Jaramillo, que quieren hablarte.

—A las órdenes de sus mercedes, repuso Pánfilo dirigiéndose á aquellos.

—El señor don Santiago y yo, dijo Jaramillo, hemos creído conveniente tener una entrevista con Ud. El, porque se lo exige su deber; yo, porque soy el apoderado del señor don Miguel, patrón de Ud.

—Aquí me tienen los dos pa lo que gusten mandarme.

—Don Santiago debió haber remitido á Ud. y á su agresor á la capital desde hace tiempo, para que se les instruyese la causa respectiva; pero como Ud. estaba muy enfermo y débil, ha querido guardarle la consideración de esperar á que se alivie.

—Mucho que se lo agradezco, respondió con gravedad el enfermo.

—Pero ha llegado el caso de tomar una determinación, y á eso venimos ahora. Ignórase á punto fijo cómo han pasado los acontecimientos que dieron por resultado las heridas de Ud.; pero se supone con fundamento, que fué Ud. víctima de un ataque repentino, de una sorpresa, y que ha esta-

do en inminente peligro de ser asesinado.

—No, señor amo, interrumpió Pánfilo, andan jerradas las gentes en eso.

—Se tienen bastantes datos, prosiguió el licenciado Jaramillo sin darse por entendido de la interrupción, para suponer que Roque Torres, mozo de don Pedro Ruiz, ha sido el malhechor.

—No hay nada de eso, señor licenciado.

—Torres huyó el mismo día del crimen, y llegó á pie y desgarrado al Palmar, según lo refieren testigos presenciales; se escondió en la casa de don Pedro cuando le buscó la policía; y después, cuando creyó que nadie le observaba, salió disfrazado con dirección al cerro, como lo sostienen los gendarmes que le prendieron. Además de esto, existe en poder de la autoridad un caballo, que se supone pertenecerle. Sobran personas que afirman haber visto la mañana de ese día á Roque Torres, salir del Monte de los Pericos y bajar para el Chopo, montado en ese mismo caballo. Tanto su bestia como la de Ud. llegaron corriendo y sin ginete á la hacienda del señor don Miguel, casi á la misma hora; además, la de Ud. está herida y la de Torres tiene señales de ma-

chetazos en la cabeza y teja de la silla.... Todo esto demuestra que Torres ha sido el asesino.

—No, señor amo, repitió Pánfilo, nada de eso es cierto, todas son afirmaciones.

—¡Cómo han de ser suposiciones si está Ud. herido!

—Herido sí estoy; pero ni han querido asesinarme, ni tampoco ha sido Roque mi heridor.

—En tal caso ¿quién fué? Alguien ha de haber sido.

—Eso sí. Jué otro más hombre que yo; no jué Roque.

—Diga Ud. su nombre.

—No lo conozco. Era un transiunte. Lo jallé que pasaba por un portillo después de haber rompido la cerca, lo reconvine, me faltó, nos dimos una agarrada y me tocó la de malas. El hombre se jué después, y ha de estar muy lejos.

—Ese no es verdad, objetó Méndez; se le conoce á Ud. en la cara que anda inventando historias. Repare en que está delante de la autoridad, y que tiene el deber de decir las cosas tales como han pasado.

—Ansina pasaron, señor don Santiago.

—No, no pasaron de ese modo,—saltó don Miguel, que había oído el diálogo con marcada impaciencia.

Pánfilo le miró intensamente.

—¿Me sostendrás á mí que pasaron de esa manera?

—A su mercé y á todo el mundo, repuso el herido con aplomo.

—Pues nó, señores, replicó Díaz con viveza, lo que está diciendo éste, no es la verdad. El mismo día que cayó herido, me confesó que Roque Torres había sido quien le había agredido.....

Al oír esto lanzó Pánfilo á don Miguel una mirada de sorpresa, mezclada de cólera y de desprecio. Parecía decirle en ella: "Amo, yo le creiba más hombrecito. Ud. falta á su promesa dando á saber el nombre de Roque; su mercé me dió su palabra de que quedaría pa entre los dos, y no la sabe cumplir. ¡Qué lástima de barbas!" Tales fueron, en efecto, los pensamientos que cruzaron por la mente de Vargas en aquellos momentos; pero no dijo nada.

—¿Ya ve Ud., saltó don Santiago revisitando de gran solemnidad la entonación de su voz, como engañaba á la autoridad?

—Yo no la engaño.

—¿No ha oído Ud. lo que afirma el señor don Miguel?

—Sí, señor don Santiago.

—¿Y qué dice Ud. de eso?

—Que es lo que dice el amo; no lo que digo yo.

—¿Te atreverías á negarlo? vociferó don Miguel.

—Ud. es mi amo y le tengo respeto; pero lo cierto es.....

—¿Qué? ¿qué cosa? dijo Díaz en el colmo de la exaltación.

—Que en eso falta á la verdá su mercé, porque yo no le he dicho nada.

—¿Bribón! ¡canalla! gritó Díaz echando chispas por los ojos, tú eres quien falta á la verdad. No, señores, prosiguió volviéndose á Méndez y á Jaramillo. Miente éste como un bellaco, porque él me confesó que Roque le había herido, aunque haciéndome prometer que no lo diría.....

—Ya ven sus güenas mercedes, objetó Pánfilo trémulo de emoción, que mi amo está trascuerno en eso, porque si se hubiera comprometido á no decir el nombre de Roque, nunca le hubiera dicho, porque los

hombres saben cumplir su palabra. Yo soy probe, y cuando la doy, sé sostenerla.

—¡Deslenguado! dijo Díaz fuera de sí de rabia; no eres tú quien ha de darmelecciones.

—Yo no digo eso, sino que no ha de ser cierto lo que dice su mercé, porque para esto sería menester que su mercé no supiera cumplir su palabra.

Jaramillo y don Santiago estaban indignados.

—No tenga cuidado, señor don Miguel, díjole Méndez; entre éste y Ud., no hay que vacilar: él es el que miente.

—¡Porque soy probe! protestó Pánfilo lívido de cólera.

—Lo que tiene Ud., díjole Jaramillo con autoridad, es ser muy terco y osado. Queríamos guardarle consideraciones creyendo que las merecía; pero supuesto que no sabe agradecerlas, le vamos á decir las cosas claras. Los tres que estamos presentes, sabemos que Roque Torres le atacó á Ud. con alevosía. Ud. tiene la obligación de confesarlo. Si lo confiesa, se le seguirá tratando bien, y se le dará una buena recompensa. Cien pesos, un caballo y una yunta de bueyes. . . . ¿No es cierto don Miguel?

—Se le darán porque Ud. quiere, no por él, que no merece más que una buena entrada de golpes, repuso éste.

—Yo no pido nada, protestó Pánfilo; nada le pido al amo.

—Si no lo confiesa, prosiguió el licenciado, será Ud. entregado á la justicia, irá á la prisión, y se pudrirá en la cárcel, porque no saldrá Ud. de allí en muchos años. Resuelva lo que le acomode.

—Señor licenciado, mejor me voy á la cárcel.

—Está bién, dijo Díaz levantándose, no hay para qué seguir hablando con éste estúpido. Tiene la cabeza más dura que una piedra. Supuesto que no quieres decir la verdad, prosiguió dirigiéndose al mozo, nada tienes que esperar de mí; te abandono á tu suerte. Lástima del dinero que he gastado en tu curación, en las medicinas y en tu familia. Nada sabes agradecer.

—Amo, se lo agradezco mucho; pero no puedo decir una cosa por otra.

—Arreglados: tú no puedes decir una cosa por otra, y yo no puedo seguir gastando mi dinero.

—Muy suyo su dinero, señor amo.

—Vámonos, dijo don Santiago.

—¡Que se haga la voluntad de Dios! exclamó el herido.

Salieron Méndez, Díaz y Jaramillo hechos unas furias de la casa del honrado Pánfilo, y, después de breve conciliábulo, se dirigieron á la cárcel, y entraron en el obscuro calabozo donde Torres gemía recluso. Hiciéronle también á él un interrogatorio largo y capcioso, con la esperanza de que confesase siquiera que había sido el agresor de Pánfilo; pero Torres, siguiendo la costumbre de todo ranchero, que profesa la máxima de que más vale ser mártir que confesor, se aferró en una negativa absoluta, sosteniendo que no había visto á Pánfilo en todo aquel día en que resultó herido; que nunca había tenido disgusto con él y que no sabía nada de lo que se le preguntaba. Este nuevo chasco puso el colmo á la irritación de los visitantes, particularmente á la de don Miguel. A la salida del calabozo llamó don Santiago al alcaide de la cárcel.

—Es preciso, le dijo poner á este preso á hacer la limpieza. Dé orden al capataz de que le sacuda bien el polvo. Es un bribón que merece castigo y escarmiento.

Y, en efecto, á renglón seguido, fué puesta una escoba en las manos de Roque, para que barriese la inmunda prisión; y por cualquier pretexto, por tardanza, por poca habilidad, porque se pusiese á descansar, el capataz, otro preso, le administraba recios azotes con una gruesa, flexible y derecha vara de membrillo, que blandía en su mano doblemente cruel, de esclavo y de verdugo.

Pánfilo Vargas fué también conducido á prisión, sin miramiento de ningún género, y toda protección quedó retirada á su familia.

—A mí no me importa que Vargas sea mozo de don Miguel Díaz, exclamaba con tono altivo en los corros el presidente municipal; aquí en Citala, el que la hace la paga. ¡En el ejercicio de mis atribuciones, no tengo amigos, ni hago distinción entre pobres y ricos!

El vecindario de Citala vió en aquella conducta, una prueba concluyente de la imparcialidad, de la honradez, de la admirable justificación que presidían á todos los actos de don Santiago Méndez; en tanto que Figueroa y sus parciales, que esperaban hallar en el presidente municipal una punible



Complacencia en favor del herido, por ser mozo de un potentado, quedaron chasqueados y corridos ante aquel noble rasgo, y guardaron el más riguroso silencio, no pudiendo hablar ni mal ni bien del odiado antagonista. ¡ Así es como los grandes caracteres acaban por darse á conocer y á respetar en la sociedad donde florecen !



XV.

**E**NTRETANTO, determinose don Miguel, cediendo á las indicaciones de Jaramillo y de Méndez, á apelar á los recursos judiciales. Sentía Díaz gran repugnancia hacia los pleitos, sin saber por qué. A fuer de buen ranchero, veía en ellos algo obscuro, desconocido y enmarañado, que le infundía espanto y hacía que se le pusieran los pelos de punta. No tenía idea de lo que fuesen las contiendas jurídicas, ni le pasaba por las mientes el modo de seguir los juicios; ni se imaginaba cómo se compaginaría un expediente. Los fallos eran para su limitada inteligencia misteriosas decisiones, no sujetas á regla, omnipotentes, capaces de mudar el color de la piel de los litigantes. Inspirábanle los jueces, actuarios y escribientes